

## Carlos Fuentes, defensor de una cultura intercontinental

A la edad de 83 años, el protagonista principal de la novela de Carlos Fuentes, *Una familia lejana*, el viejo aristócrata francés Branly está torturado por las flaquezas de su memoria que no le permiten recordar los momentos esenciales de su pasado.

Les oublis *traumatisent* non parce qu'on réussirait à oublier, au contraire, parce qu'on ne peut pas oublier<sup>1</sup>.

Regularmente una canción infantil («A la claire fontaine...»), unas sensaciones olfativas (de cueros, de olores tropicales) movilizan su memoria y le devuelven la imagen de un niño en el parc Monceau; de otro niño detrás de cristales de una mansión vecina, sin que pueda decidir si se reconoce en el primer niño. Todos sus esfuerzos periódicos para reconstituir la escena del parque apenas le permiten revivir que él hubiera podido invitar al otro niño a compartir sus juegos y que se arrepiente no haberlo hecho.

Este recuerdo vago le obsesiona:

En ne se remémorant pas, on est contraint de répéter un passé qui, en tant qu'éternel, intemporel, investit le présent malgré nous, nous domine<sup>2</sup>.

Como lo había notado Bergson:

Des souvenirs qu'on croyait abolis reparaissent alors avec une exactitude frappante: nous revivons dans tous leurs détails des scènes d'enfance entièrement oubliées<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> P. BERTRAND, *L'oubli, révolution ou mort de l'histoire*, París, PUF, 1975, p. 19.

<sup>2</sup> *Idem*, p. 31.

<sup>3</sup> Citado por J. CL. FILLIOUX, *La Mémoire*, París, PUF, *Que sais-je?*, p. 20.

J. Cl. Fillioux ha subrayado que las imágenes visuales son las más frecuentes, en nuestra memoria. Charcot distinguía entre los tipos de memoria; las visuales, auditivas y motrices, olvidando las olfativas. Y es evidente que una imagen o una sensación olfativa puede provocar otra imagen por asociación de ideas. Conocemos el famoso ejemplo citado por Marcel Proust en su novela *A la Recherche du temps perdu* cuando el sabor de un bizcocho provoca una emoción capaz de despertar otras emociones pasadas.

Los olores de cuero, de perfumes tropicales, respirados por Branly en *Le Clos des renards* reanimarán recuerdos del Caribe, evocarán la contrabanda de los siglos pasados por las Antillas.

A la memoria de los sentidos se añade la memoria afectiva.

Esta memoria, especialmente entre los ancianos, puede ser creadora:

Quand l'imagination ne se contente pas d'évoquer des images mais de les inventer, il ne s'agit pas d'imagination reproductrice mais créatrice<sup>4</sup>.

En este caso se trata de una evocación voluntaria, un esfuerzo de la memoria para reconstituir con dificultad un momento del pasado. La inteligencia, basándose en el cuadro, la verosimilitud, la lógica, nos lleva no sólo a enlazar los acontecimientos, sino a tentar de reconstituir lo que pasó en la realidad. Tal tentativa es tan difícil que lleva a completar las insuficiencias del recuerdo por la invención. Inventamos recuerdos que se conforman con nuestros deseos. Este proceso de afabulación conduce Branly a asimilar a la señora que encontraba en su niñez en un parque parisino a la heroína de un retrato de Ingres, encontrado en el desván del *Clos des Renards* a la par que la cree la primera esposa de Francisco-Luis Heredia, el antepasado de los Heredias de México y de Francia. Pero, ampliando su inquietud a nivel no sólo personal, sino general, el conde de Branly teme no sólo la pérdida del recuerdo de su pasado, sino la memoria de su vida y de la de sus antepasados.

El sentido de la superioridad de su grande cultura francesa, de su raza frente a la aristocracia colonial simbolizada por el Víctor Heredia francés, sufre de las insolencias del mismo que ha reunido simbólicamente, en la arquitectura del jardín de su casa, un aspecto clásico, ordenado, racional, de tipo europeo y otra parte, salvaje, natural, exuberante, conforme no con la cultura europea, sino más bien con la americana.

Este deseo de recobrar su pasado lo lleva a frecuentar en México a un intelectual mexicano cuya profesión consiste precisamente en reconstituir el pasado: es arqueólogo.

Este americano culto comparte, pues, sus ideales pero con matices, porque debe competir con el europeo y es muy difícil:

Conocer igualmente bien lo que el europeo ignora y lo que considera propio: el Popol-Vuh y Descartes. Sobre todo demostrarle que no hay excusas para desconocer a los demás. (*Una lejana familia*, p. 16.)

Es que la atracción cultural de Francia es irresistible para la mayoría de los hispanoamericanos:

La patria final de un latinoamericano es Francia. París nunca será una ciudad perdida. (*Id.*, p. 29.)

Bastaría citar los ejemplos más conocidos de escritores latinoamericanos cuya obra ha sido asimilada por la cultura francesa: Reynaldo Hahan, Jules Laforque, Jules Supervielle, Lautréamont y José María de Heredia...

*La esposa francesa de Hugo Heredia* lo había ayudado a venerar no sólo la cultura europea, sino también la presencia del pasado que los europeos imponen al presente.

Pero Hugo teme «la mala lección de las piedras» que puede persuadir a ciertos americanos que pertenecen a una raza superior, dueña de privilegios, del derecho de reivindicar una autoridad de que se apoderó un mundo presuntuoso de nuevos ricos, de advenedizos.

La presencia de los humillados entre nosotros nos prohibirá el sueño... (p. 171).

Admira, por otra parte, los pueblos viejos que se niegan en destruir las antiguas formas de construcciones o de costumbres en favor de las nuevas. Todo debe quedar *presente y vivo*.

Y cuando el olvido nace, convoca un fantasma que repara los olvidos de los vivos, su injusticia ante los muertos:

Tal fantasma tomará, en la novela, la figura problemática de un tal Victor Heredia que aparece misteriosamente en Caracas, Monterrey y finalmente en Francia, ante los ojos del narrador francés preocupado para que el novelista mexicano pueda recoger la totalidad de la historia de los Heredia y desintricar los hilos complicados y nebulosos de su genealogía.

Las restricciones que Hugo Heredia aplica a su vocación arqueológica van compensadas por su entusiasmo para reconstruirse una identidad, una historia, unos dignos antepasados a pesar de descubrir sus excesos, sus crímenes, sus rapiñas, sus dominaciones hasta los principios de la Conquista. *Es la reacción orgullosa y nacionalista de muchos hispanoamericanos.*

Impone también límites a su admiración por el aristócrata francés:

No le aconsejo despreciar nunca a quienes le contrarían por el simple hecho de haberse ganado la fortuna propia en vez de heredarla cómodamente (p. 51).

... Todo lo que se tiene se compró, se heredó o se hurtó... no somos tan distintos como parece ser...

*Usted que tanto se ufana de sus antepasados...* sería alguien de baja estofa sin ellos... (p. 103).

Es que Hugo Heredia experimenta también *lo que opone América y Europa*:

Los países antiguos aprenden a cuidar bien a sus viejos..., los países jóvenes tienen prisa y le niegan a sus viejos *la inteligencia, el respeto, al cabo la vida...* (p. 65).

También una nueva tendencia nota:

...Hoy Europa quiere sentirse joven y niega la existencia a los viejos.

Confiesa, sin embargo, Hugo Heredia sus orígenes que no se pueden comparar con los del conde de Branly:

...Heredia es el nombre de muchos patriarcas, jueces y carceleros del nuevo mundo hispánico que al cabo sobrevivimos tres siglos porque hicimos creer a esa multitud de seres en andrajos que gracias a nosotros, a nuestra protección paternal y a nuestra consolación religiosa, ellos también seguían vivos. (p. 170).

Pero se defiende del desprecio del anciano al precisar que:

...en treinta años, le digo a usted, no se cuece una nueva aristocracia y cuando yo nací, en 1931, mi destino estaba sellado: las profesiones o la picaresca. No había otros caminos para esos vestigios de las viejas oligarquías mexicanas a las que la revolución, definitivamente, dio el tiro de gracia. (*Una lejana familia*, pp. 170-171.)

Y justifica la profesión que escogió:

...yo, un criollo en busca de su grandeza perdida, sólo podía hallarla entre los monumentos del pasado de mis víctimas. (*Ibid.*)

También comenta su propio abolengo:

Los Heredia de México somos lo que somos. Carne de presidio liberada de las mazmorras de Cádiz y Ceuta a cambio de la participación en las empresas de conquista de Indias. No lo abrumaré con una genealogía detallada; diez años después de la caída de la Gran Tenochtitlan teníamos mujeres indias e hijos mestizos en gran número y también tierras en gran extensión. Donde había tanta tierra ajena y tanto trabajador esclavizado, nosotros podíamos ser lo que el privilegio peninsular nos negó. (*Id.*, pp. 169-70.)

Y ataca a la aristocracia francesa que sigue honrada en su propio país, a pesar de que la República empezó por mandarla a la guillotina:

Usted pertenece a una sociedad que no sacrifica las virtudes de sus antiguos verdugos cuando los victimiza. La aristocracia ha sido fusilada, guillotizada, exilada. Pero su cultura política, estética y social ha sido celosamente guardada por los franceses. Esto es, permita que se lo diga, no el mejor de los mundos posibles, sino el mejor de dos mundos posibles. (*Id.*, p. 169.)

Mientras tanto los hacendados americanos deben romper con su pasado muchas veces si quieren ignorar que fue hecho de corrupciones y de rapiñas:

El comercio que enriqueció a nuestros padres se traduce en *divorciar el pasado del presente* (pp. 170-71).

Y añade:

Pero los europeos explotaron a hombres de otras latitudes... *la buena conciencia europea tiene algo que ver con la lejanía de sus víctimas.* (*Ibid.*, p. 173.)

Hugo Heredia se atreve entonces en soñar:

En un país ideal gobernado por una verdadera aristocracia que sepa disciplinar tanto la masa degenerada por el vicio y la explotación cuanto los vulgares y rapaces explotadores de nuestro país. (*Ibid.*, p. 198.)

Para mantener los recuerdos de su pasado, deseaba que su hijo Víctor se interesase por él. Pero Hugo ha sorprendido una conversación de Víctor con su hermano Antonio con la que manifiesta el deseo de que su padre muriera antes que su madre, más apta para llorarlo.

Además, Hugo hubiera deseado que Víctor compartiera su interés por las viejas piedras, por el pasado.

Al contrario, en la terraza de un templo en Xochicalco, Víctor descubre una piedra lisa, pulida, perfecta con emblema revelando una cultura antigua. Decide partirla y tirar las dos partes por el barranco vecino.

Enojado, el padre facilita la salida del muchacho para Europa donde lo esperará el conde de Branly. Pero el hijo quiere repetir en París el juego que había empezado en México que consistía en tentar de relacionarse por teléfono con desconocidos llevando su propio apellido Heredia.

Así consigue penetrar, con la ayuda del conde Branly, en *Le Clos des Renards*, en Enghien-les-Bains, donde vive solitario y misterioso un anciano, llamado también Víctor Heredia, con su joven hijo André.

Los jóvenes André y Víctor empiezan juegos diversos hasta que el conde de Branly los descubra en actitud amorosa, tratando simbólicamente de reunir las dos partes de la piedra partida en Xochicalco. Estrechamente abrazados simbolizan la reunión de dos ramas separadas de la familia Heredia: la familia mexicana y la familia francesa.

Pero Branly quiere prohibir esta unión sexual porque no acepta la reunión con la familia mexicana de una familia mancillada por su origen: el filibustero Francisco Luis Heredia, quien prostituyó a su mujer Lucía. Quiere mantener la dignidad aristocrática de los Heredia por sus preocupaciones intelectuales y arqueológicas.

El conflicto había sido abierto primero por la actitud del huésped de Branly en *Le Clos des Renards*. Este Víctor Heredia francés había multiplicado alusiones y faltas de atenciones para chocar el conde de Branly hasta provocar insultos seguidos por una riña mortal.

Pero todo el ambiente en que Branly pasa sus tres días de estancia en *Le Clos des Renards* baña en el misterio.

El dueño de la casa le cuenta su propio pasado con evidentes errores históricos. Pretende ser el hijo de Mlle. Lange y de Francisco-Luis Heredia que vivieron la revolución de Haití con Bonaparte y la expedición de Napoleón III de Francia en México.

Añade que su madre era capaz de organizar un baile de esqueletos y... que se había casado con Francisco-Luis Heredia por la fortuna del mismo ganada por la contrabanda que hizo de las mercancías importadas de España por Cuba, que Heredia desviaba con beneficios hacia otras repúblicas

antillanas. Cuando se dio cuenta de la pobreza de su esposa, éste la puso en un lupanar de México para humillarla con la soldadesca francesa. Víctor Heredia quiso hacer creer a Branly que procedía de tal familia, aunque el padre del mismo sólo había nacido en 1870 y muerto durante la primera guerra mundial.

*Los recuerdos* que Branly consigue del pasado van facilitados o provocados por la foto que conserva de su padre y el reloj precioso de Andrés Raviro, de la época imperial, con su pianista en vestido de baile, tan vecina de la mujer retratada por Ingres que descubre en el desván del *Clos des Renards*.

*La presencia en su biblioteca* de una obra de Jules Supervielle y de las Memorias de Alej. Dumas aumenta estas incursiones hacia el pasado. La canción que oye realmente o que le canta su conciencia lo devuelve también al pasado paralelamente a los olores que respira durante su reclusión en Enghien.

Pero su huésped quiere mistificarlo y despreciarlo. Por esto multiplica muchas alusiones y afirmaciones que hunden al anciano en la desesperanza de recordar con lucidez y precisión todo su propio pasado.

¿No hay otra memoria que la que se recuerda?

¿Deja la mía de existir si dejamos de recordar?

Como el arqueólogo pretende y a veces consigue reparar el olvido del pasado, Branly no quiere romper el contacto con Hugo Heredia y vuelve a visitarlo en México, en víspera del Día de los muertos, en este país que no se ha resignado a extirpar la muerte del mundo de la vida, cuando los dos jóvenes nacidos de las dos familias se han reunido para mantener el lazo entre el *presente* y el *futuro*. El, Branly, por su amistad por Hugo Heredia, mantiene así el lazo entre el *pasado* y el *presente*.

Y cuando relata toda su historia al escritor Carlos Fuentes, es que espera que éste sepa y quiera narrarla toda desde su pasado hasta su futuro, como un perfecto cronista.

Así se restablece el hilo, la memoria, el lazo buscado desde el principio por el narrador, *La lejana familia* entre dos familias aristocráticas, la mexicana y la francesa.

Víctor puede recordarse todo: es vivo. Sólo le falta un pasado vivo, actual, irrevocable. Víctor y otro; Víctor unido con otro. *Juntos tendrán esa memoria*. Serán aquel pasado. Precisa el Heredia francés al Heredia mexicano:

Necesitamos un lazo perfecto, un lazo antiguo donde mi defecto y el suyo puedan encontrarse en el joven Víctor quién es vivo. Le ofrezco, pues, otro hermano para Víctor. (p. 211).

La conclusión de la obra o mejor su explicación aparece en la declaración de Branly:

Los lugares que hemos recorrido no son sino la búsqueda de un lugar que ya conocemos, que contiene nuestra emoción, *nuestra memoria*. (p. 151).

Y añade:

No he conocido a los Heredia. Me he conocido a mi mismo. (p. 152).

Carlos Fuentes ha bañado toda esta busca del pasado en una atmósfera de profunda poesía donde asoman su amor a la cultura francesa, su entusiasmo por el pasado de los dos continentes, su defensa de los auténticos valores de México, muchas veces alterados y reducidos por los rapaces zopilotes que destrozan su dignidad.

Pero no tendremos una solución completa a esta novela enigmática ya que

...lo propio de la obra artística es que la solución del enigma es nuevo enigma (p. 221).

André JANSEN  
Université de Amberes  
(Bélgica)